

Sentado en un macizo taburete,
Y de grandes señores rodeado,
Preséntase el Marqués con más copete
Que si fuera un monarca coronado;
Parece tener algo que le inquiete,
Porque ya varias veces ha cortado
El hilo del discurso de improviso,
Y se ha puesto á escuchar como indeciso.

De conjeturas se halla en un barullo,
Porque en venir el Presidente tarda,
Cuya honrosa visita con orgullo,
Por un aviso anticipado aguarda;
Y si un leve rumor, cualquier murmullo
Hierde su oído, que se encuentra en guarda,
Con dulce sobresalto se detiene
Creyendo ya que su Excelencia viene.

Últimamente un ruido no engañoso
De coche y de caballos se percibe:
«¡El Presidente!» grita sonoro
Clamor al punto, y el Marqués revive.
Con los demás señores presuroso
Se precipita hacia el zaguán, recibe
En él al noble amigo, y muy ufano
Le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salón, do en impaciencia viva
Las señoras esperan su llegada,
Don Antonio Gonzaga y comitiva
Hacen con pompa y majestad su entrada.
Era el tal don Antonio de atractiva
Presencia y de estatura algo elevada,
Cortés, afable, y amador de gloria,
Según lo pinta la chilena historia.

Pero á pesar de ser tan halagüeño
Y popular su trato, bien se observa
En cierto aire sombrío de su ceño

Que un mal oculto su interior reserva:
El ver frustrado el favorito empeño
De hacer vivir en pueblos la caterva
De indomables indígenas, le causa
Dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto
Bordado de oro el personaje tiene,
Sobre cuyas labores con encanto
La vista de las damas se detiene.
En pos de él, aunque no con lujo tanto,
Lucida escolta de oficiales viene,
Jóvenes, viejos y de edad mediana,
Que han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, á quien parece
Un cariño especial tener Gonzaga,
Joven gallardo, que en su aspecto ofrece
Cuanto el capricho mujeril halaga:
El valor en sus ojos resplandece
Si corre el campo de la lid aciaga,
Mas si á un estrado por ventura asoma
Tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
Que cubre su cabeza en leve rizo,
De extrema agilidad su cuerpo bello,
Y su conversación llena de hechizo.
Un clásico poeta, al conocello,
Diría pronto que el Amor lo hizo,
Á fin de que las damas insensibles
Aprendiesen á ser más accesibles.

Tal fué el joven á quien el Presidente,
Luego que se sentó, llamó á su lado;
Y al Marqués, que le asiste diligente,
Presenta el oficial afortunado,
Diciendo: «Amigo mío, este valiente
»Joven, que siempre como á hijo he amado,

»Es el ilustre capitán Eulogio,
»De quien os hablé mil veces con elogio.

»Es el que me ha sacado del barranco
»En que he estado metido sin remedio,
»Y derrotando al fiero *Curianco*,
»Libró á *Cabrito* de su duro asedio.
»En vano de mil tiros se hizo el blanco,
»Rompiendo con sus bravos por el medio
»Del ejército infiel que á Angol cercaba,
»Pues su próspera suerte le guardaba

»Para honor de su patria. Bien merece
»Que le titule salvador la España.
»¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece
»Á nuestra imitación tan noble hazaña!»
Así dice Gonzaga, y se entenece,
Ocasinando admiración extraña,
Con su tierno discurso laudatorio,
Á todo el nobilísimo auditorio.

La vista general clavóse al punto
En el joven así favorecido,
Y todos alabaron el conjunto
De las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulogio entre tanto era el trasunto
De un hombre que se encuentra confundido,
Y no hallando expresión que satisfaga,
Con cortesías respondió á Gonzaga.

También le hizo el Marqués gran agasajo,
Aunque fué más forzado que sincero,
Porque al momento á su memoria trajo
Que Eulogio no era un noble caballero;
Y aunque es verdad que en su linaje bajo
Se podía citar más de un guerrero
Que se cubriera de esplendente gloria,
Esta no era bastante ejecutoria.

Dióle las gracias el garzón modesto
Por la falsa afección que le mostraba,
Y de aquel sitio retiróse presto,
Porque en completo aturdimiento estaba.
Pero ya Leonor, ¡trance funesto!,
No sé qué cosa en su interior notaba,
Que daba á sus ideas raro giro;
Ello es que sin querer lanzó un suspiro.

Y á una amiga de su íntima confianza
Que allí se hallaba, con misterio dijo:
«Lástima es que ese joven de esperanza
»No sea de ascendientes nobles hijo.»
Que la respuesta fué maligna chanza,
Esto cualquiera lo tendrá por fijo,
Y con sorpresa tal llena de susto,
Hizo Leonor un gesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
En el cual varias veces mi heroína
Llenó al concurso de agradable encanto
Con los gorjeos de su voz divina;
Pero nada le atrajo aplauso tanto,
Y nada ejecutó con voz tan fina,
Con tan propia expresión, cual la cantata
Que aquí voy á copiar y la retrata:

«Corren mis días en perfecta calma:
No halla el camino de mi pecho amor,
Y de sus tiros, victoriosa el alma,
Burla el rigor.

No, no se han hecho para mí sus penas,
Libre me veo entre cautivas mil,
No quiero que arda por mis puras venas
Fuego tan vil.

Dicen que suele ocasionar mil bienes;
Que amor es fuente de inmortal placer;

Yo de laurel coronaré mis sienes,
Libre he de ser.

Una pastora conocí que amaba
Á un pastorcillo con extremo ardor,
Y á la inocente el seductor juraba
Sincero amor.

Mas ¡ay! que pronto la olvidó triunfante,
Viéndola frío ante sus pies gemir,
Y otro consuelo no quedó á la amante
Que el de morir.

La triste suerte de esa fiel pastora
Siempre grabada en mi memoria está,
Siempre del lazo de pasión traidora
Me salvará.

Y como el ave que la red burlando,
Que la tendiera cazador cruel,
Vuela, su dulce libertad cantando,
Por el verjel;

Yo, que orgullosa de desprecios huyo;
Yo, que no quiero de dolor morir,
Siempre ¡oh amor! del cautiverio tuyo
Me he de eximir.»

No bien su canto terminó Leonora
Entre aplauso sonoro y repetido,
Cuando exclamó Gonzaga: «Pues ahora
Una guitarra para Eulogio pido.
No sólo la Natura bienhechora
La prenda del valor le ha concedido;
Que mostrándole pródiga su afecto
Le ha formado también galán perfecto.

«¡Vamos, Eulogio, vamos! Tus canciones
»Distrajeron mil veces mis fatigas,

»Cuando en pos de contrarios escuadrones
»Corríamos las tierras enemigas.
»Osténtanos, pues, hoy tus perfecciones,
»Y que el digno Marqués y las amigas
»Nobles y bellas que á su fiesta asisten,
»De tus talentos á juzgar se alisten.»

Y á tal invitación, de rubor lleno,
El mancebo gentil quiso excusarse;
Pero ningún pretexto se halló bueno
Y le fué necesario resignarse.
Al dulce son del instrumento ameno
Deja al fin estos versos escucharse,
Que, según malas lenguas refirieron,
Para aquel caso improvisados fueron.

Laura hermosa, cual la estrella
Que precede á la mañana,
Vive sola y muy ufana
Con su dulce libertad.

Amadores mil por ella
Largo tiempo han suspirado;
Pero ya se han ausentado,
Maldiciendo su impiedad.

Con afecto más sincero
Á sus pies llega otro amante,
Y así pinta sollozante
Á Laura su padecer:

«Influjo del hado fiero
Me fuerza á amarte, bien mío,
Ni pendió de mi albedrío
El dejarte de querer.

»Sé que otros te han ofrecido
Títulos, honor, riqueza;

Sé también que tu belleza
Sus presentes despreció.

» En hora fatal nacido,
Sin fortuna y sin honores,
Para obtener tus favores
¿ Qué puedo ofrecerte yo?

» Sólo un corazón poseo
Que te adora apasionado,
Y únicamente á tu lado
La vida podrá sufrir.

» Complacerte es su deseo,
Y como por ti respira,
Si compasión no te inspira,
Su sólo anhelo es morir.

» Á ti dictar mi sentencia,
Vida mía, corresponde.»
Laura entonces le responde:
« La libertad es mi bien.

Ni me engaña tu apariencia,
Que otros morir me han jurado,
Pero ya me han olvidado;
Tú me olvidarás también.»

Desprecio tan riguroso
Sufrir no pudo el amante,
Y ante Laura al mismo instante
De sentimiento expiró.

« ¡Vive para ser mi esposo ! »
Clamó Laura arrepentida;
Pero el cuerpo, ya sin vida,
Sus palabras no escuchó.

El que vagando en una fértil vega
Á orillas de un arroyo entre el carrizo,
Oye al nevado cisne que despliega
De su voz melodiosa el suave hechizo,
Nunca á sentir las impresiones llega
Con que á Leonor enternecerse hizo
En delicioso inexprimible encanto
Del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algún sueño
De los que habían su niñez mecido,
Aquel acento dulce y halagüeño
Escuchado por ella había sido,
Que la llamaba: *mi querido dueño*,
Y se quejaba triste y dolorido
De la frialdad é indiferencia dura
Con que pagaba su mortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante
Su mente absorbe, y en estatua muda
La deja convertida, al mismo instante
Que un palmoteo al capitán saluda.
La amiga, que la observa vigilante,
Le dice: « Hola, Leonor, ¿ qué es lo que anuda
» Al presente tu voz? ¿ No te entusiasma
» Esa linda canción que á todos pasma? »

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
Débil enfermo que el causón padece,
Responde la doncella: « El trance amargo
» Del desdichado amante me enternece ! »
La amiga sonrióse, y aunque largo
Espacio á nuevas chanzas se le ofrece,
Esta vez prefirió dejar que libre
El fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
Y al oficial tomando de la mano,
Le llevó hacia Leonor, y con atento

Ademán y lenguaje cortesano,
» Señorita, le dice, mucho siento
» No verme ya tan ágil y lozano
» Como en los días de mi edad primera,
» Pues danzar un *minué* con vos quisiera.

» Mas como impropio de mi edad reputo
» Ofrecerme yo á vos por compañero,
» Os presento en Eulogio un sustituto,
» Que vos gustosa aceptaréis espero.»
La joven, sin tardarse ni un minuto,
Se levanta con rostro placentero,
Y siguiendo al mancebo afortunado,
Se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes,
Enlazadas las manos avanzaron,
Y luego en movimientos elegantes,
Y graciosas posturas se apartaron.
Sus ojos expresivos y brillantes
Diversas veces con temor se hallaron,
Y el carmín de sus rostros encendióse
Y aun en sus pasos turbación notóse.

Mas Leonor en su gracia majestuosa
Y aéreos ademanes parecía
Aparición celeste y luminosa
Que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiración algo anhelosa
En su agitado seno se veía,
Y cierta languidez que cunde en ella
Le hace mostrarse cada vez más bella.

Y cuando, á fin de terminar, volvieron
Los dos con leves pasos á acercarse,
Y sus dos manos en unión sintieron,
Y sus pies mutuamente aproximarse,
Sin duda en aquel punto conocieron
Que si merece la existencia amarse,

Es sólo por saber cuáles arcanos
El amor les descubre á los humanos.

Nunca había bailado con más gusto
Mi heroína un *minué*, ni hubo quien fuese
Con la bella pareja tan injusto,
Que aplausos repetidos no le diese:
Sólo el Marqués sufrió con ceño adusto
Que un compañero tal su hija tuviese;
Mas su enojo no osó salir al labio;
Que ofender al amigo temió sabio.